

La Cartuja de Miraflores, en Burgos

Padre Pedro José Ynaraja

Durante mi vida he podido visitar tres cartujas. He estado en las tres por fuera y por dentro. Es uno de los dones que agradezco a Dios. Escribí un día sobre la situada cerca de Grenoble, en Francia, la "Grande Chartreuse", que coincide casi exactamente con el lugar donde San Bruno, con sus compañeros, se retiraron a vivir según la vocación que consideraban era la suya y recibida de Dios. He visitado y rezado varias veces en la más próxima a mi residencia, la de Montalegre, de la última ocasión hace muy pocos días. Pese a la distancia que me separa, he de reconocer que la más bella y la que mi memoria recuerda con más admiración, es esta, la de Miraflores, a las afueras de Burgos, de la que me propongo escribir hoy. Lo haré, lo advierto ya desde el principio, refiriéndome a detalles que alguno considerará anecdóticos, pero interesantes, curiosos, atractivos y de rica enseñanza cristiana. En ella, como en todo recinto de tal titulación, se alberga una comunidad de monjes, reputados como los de más estricta observancia. La Cartuja nunca se ha reformado, ya que nunca se ha deformado, reza el dicho.

Se aloja cada uno en su ermita, alrededor de un sobrio claustro, que recorre el monje camino de la iglesia a donde acude por la noche, al amanecer y algunas veces durante el día, para determinadas oraciones litúrgicas. Todo lo demás, estudio, plegaria, severísima alimentación, ausente siempre la carne y otros buenos manjares, lo hace en su ermita. Un pequeñísimo terreno le sirve para hacer ejercicio físico y una ventana abierta a lejanos horizontes mantiene su espíritu despejado. El régimen ascético es muy severo, pero apto para una mente serena. Prueba de ello es la longevidad que alcanzan la mayoría de estos monjes. Subrayo lo de mente serena, porque es una de las cosas que ellos mismo advierten, de aquí que una cualidad que uno observa en cualquier encuentro sea la ausencia de deseos de "pescar" vocaciones imprudentemente.

ELOGIOS

Acabo ahora mis elogios y agradecimientos a los monjes con los que he entrado en contacto en las tres cartujas. Recuerdo muy bien que, en el caso de la de Miraflores, un buen monje, el P. Juan Aresti, que fue primero jesuita misionero en África, después misionero cartujano en ella, en la actualidad sirviendo con su silencio, oración y sacrificios en tierras argentinas. Pues bien, me propuso visitar el priorato y yo, ingenuamente, le dije que me interesaban más las personas que las piedras. Me contestó sin enojo: estoy totalmente de acuerdo, pero no se quede fuera, hablaremos dentro de la Cartuja, estando así mejor ambientados.

RIQUEZA REPARTIDA

Una de las cosas curiosas de las cartujas, a mi modo de ver, es que llevando una vida de intensa austeridad y seguramente debido a ello, la generosidad de los fieles les ha ofrecido terrenos que les circundan y maravillas que adornan sus iglesias. Reciben riqueza, o tal vez sea más cierto decir que recibieron abundantemente en

otros tiempos, pero no se la guardan, la reparten entre los pobres, de manera muy discreta. En este aspecto, creo yo, que ninguna gana a la de Miraflores.

LA IGLESIA

Me centro en la iglesia, abierta al visitante. Destaca en primer lugar el retablo de la Santísima Trinidad. Espero que una ilustración general acompañe a esta reseña. El centro lo ocupa el Cristo Crucificado. Al lado derecho según se mira, del leño horizontal, la figura del Espíritu Santo que lo sostiene. Se trata de un joven, de aspecto totalmente masculino. Es uno de los detalles más interesantes del conjunto. Difícil de encontrar en otros sitios. Al lado izquierdo el Padre Eterno, es la efigie de un adulto masculino, cubierto con solemne tiara y su rostro poblado de abundante barba, que mantiene el otro extremo de la cruz.

LA SANTÍSIMA TRINIDAD

Lo descrito es lo más substancial del conjunto, la expresión plástica fundamental de nuestra Fe: el misterio de la Santísima Trinidad. Digo esto porque si uno no lo estudia con detenimiento, no lo aprecia, debido a la exuberancia de imágenes que la rodean. Destacaré algunas. No se olvide, para comprender el estilo, que se trata de una obra excepcional, ejecutada en el siglo XV, de acuerdo con los criterios estéticos de aquel tiempo. El prolífico mosaico es de madera de nogal policromada, afirmado con vigas de pino, que no se ven, pero se intuyen, dada la grandiosidad del retablo. Destaco en primer lugar la Anunciación y a continuación el Nacimiento con la adoración de los Magos, es lo idóneo para estos días, próximos a Navidad. María Magdalena con su pomo de perfume para embalsamar al Señor, está muy próxima al Calvario. La imagen de la misma santa, que veneran con gran devoción estos y otros monjes, también aparece en otro sitio, realizada en mármol. Ella es la patrona de los amadores de Dios, que decir amantes a alguno le sonaría mal y no seré yo quien se lo censure.

EL RETABLO

Todo el retablo es obra de Gil de Siloé, realizado entre 1496 y 1499. Realza todo él, la sepultura de los reyes Juan II e Isabel de Portugal, con el infante don Alfonso. Las estatuas yacentes se refieren a estos dignatarios. Pese a su tamaño y categoría, nunca le he dedicado un prolongado tiempo, entre otras razones, por la dificultad de no poder verlos con adecuada distancia y perspectiva. Realizado en alabastro, de rica y fina filigrana, hoy debe estar protegido porque, según interpreto, algunos visitantes dañaron este inmenso panteón.

En una cuadrícula que representa la Santa Cena, continúo, además del Señor y los apóstoles, aparece curiosamente una figura femenina, que unge los pies del Maestro. Es preciso recordar que la tradición occidental unifica a tres mujeres que aparecen en los relatos evangélicos. La pecadora de Naín, la que perfuma en Betania con rico nardo, en casa de Simón y la que en otro lugar se nos dice que Jesús le había expulsado de ella siete demonios. Aquí en este retablo la sitúa en el momento solemne de la Cena. Dicen que es un anacronismo, yo advierto que

ningún relato canónico dice que se puso un guarda, impidiendo la entrada femenina en aquella la sala alta.

SAN BRUNO

En una capilla aparte se encuentra una famosa imagen de San Bruno, el fundador de la orden, obra de Manuel de Pereira. Es de un verismo tal, que se dice que alguien comentó: sólo le faltaría hablar, a lo que el rey Felipe IV contestó: tampoco lo haría, pues, es cartujo. Todo el templo se visita libremente, sin ningún impedimento, ni abono de entrada. Está permitido fotografiarlo todo, con tal de que no se utilice el flash. El rato que uno pasa en esta iglesia, que la primera vez que estuve lo hice acompañado de mi padre siendo aún niño y a la que él acudía periódicamente, para hacer lo que ahora se llamaría retiro o espacio de desierto. Esta "afición" que me la hizo descubrir, se la he agradecido siempre. El rato que uno permanece, lo repito, lo hace uno interesado y sintiéndose estimulado a la reflexión y a la plegaria.

Me he enterado de que hace poco tiempo, solicitaron la entrada en la cartuja de Montalegre algunos varones, entre ellos un obispo venezolano. Como en ella no tienen noviciado, se preparan ahora en la de Miraflores, para así un día comprometerse en la orden cartujana, incorporados definitivamente a la cartuja catalana.

INTERCAMBIOS

Es uno de los signos buenos de los tiempos. Misioneros europeos evangelizan en otros continentes. Clérigos o religiosos, ellos y ellas, procedentes de América, África o Asia, vienen a nuestro viejo continente, para servir ministerialmente, asegurar la permanente adoración eucarística o prestar ayuda a los pobres de cualquier género. Este intercambio de servicios, este cambio de color de la piel de presbíteros que atienden en parroquias de los que nos llamamos blancos, pero donde escasean las vocaciones, es un maravilloso testimonio de la catolicidad de nuestra Fe.